



## EL PORTADOR DE LA LUZ

por Magnus Dagon

Como todas las mañanas, Leges I repartió sus cálidos rayos por la mitad de la superficie del planeta Salomón. Como todas las mañanas de aquellos lugares en que en aquel momento era por la mañana, claro. La otra mitad del planeta disfrutaba de una apacible noche, suave y tranquila. Bueno, suave salvo en los lugares circumpolares, donde la noche era extremadamente calurosa y sofocante. Bueno, calurosa y sofocante salvo en las pequeñas zonas que bordeaban el gran mar In Dubio, donde... bueno, no importa mucho. Por lo menos no importaba a Atropos Hall, el máximo dirigente del planeta. Mientras observaba nacer a Leges I un día más pensaba que dentro de poco no volvería a ver algo así. Normalmente cuando un hombre piensa que no volverá a ver un amanecer es porque se huele que no vivirá más de veinticuatro horas. No es una generalidad aplicable a su caso.

Impaciente, se dedicó a dar vueltas por la casa, una hermosa villa situada al borde de un acantilado con vistas a la costa. Había echado a todos los sirvientes y ayudantes de allí antes de la reunión privada con el Portador de la Luz. Por qué lo había hecho, ni siquiera él lo tenía muy claro. No le gustaba mucho eso de que le vieran nervioso, y esa mañana lo estaba, y mucho. Tenía en sus manos el futuro de tres mil millones de personas (según el último censo), y no creía que pudiera hacer mucho al respecto para preservarlo. Ni él ni el resto de mandamases del planeta, que se había puesto a pleno rendimiento para tratar de evitar el desastre. Era la ventaja de que estuviera enteramente habitado y gobernado por conocedores del derecho (lo que en otros planetas llamaban despectivamente picapleitos): ante un problema administrativo o burocrático que amenazara la seguridad global eran capaces de mostrar el mayor ingenio a la hora de encontrar una solución. No en vano el planeta Salomón era el encargado de defender a los ciudadanos de todo el Universo. Y en el Universo había muchos, muchos pleitos pendientes por resolver, sobre todo en lo referente al tránsito. A veces los abogados del planeta se sorprendían de cómo en un lugar tan grande como el espacio se podían producir tantas colisiones. Y luego, claro, lo de siempre; que si no señalizaste que ibas a disparar aquel meteorito, que en NGC 3660 nadie circula por su túnel espaciotemporal así que no me vengas con historias... las grandes pequeñeces que hacían el día a día del planeta Salomón.

Hall pensaba que era buena cosa eso de los planetas especializados en profesiones. Un poco caótico al principio, pero todos los sistemas, al fin y



al cabo, tenían que pasar por un periodo de prueba. Siempre había pequeños roces, claro, pero se podía decir que la estabilidad del Universo era digna de admiración. Los camioneros estelares del planeta Fidípides realizaban sus viajes con suma eficacia, aunque no es recomendable hacer turismo allí, pues la mayoría de los habitantes del planeta no están nunca, y por tanto la ciudad está un poco... abandonada. En tiempos de Hall se especuló con crear un planeta vecino poblado por diseñadores de perfumes, pero al final se desechó. Se rumoreó mucho tiempo que pagaron por colocarlo cerca de planetas con mayor renta por siglo. Ya se sabe, el planeta Versace y otros. Pero en fin, salvo esos pequeños incidentes, todo marchaba bien. De vez en cuando algún desagradable asunto, como la guerra, que duró casi treinta siglos, entre el planeta Inferno (escritores) y Platón (bomberos). Al parecer algún idiota, al instaurarlos, se confundió y puso los nombres al revés, provocando la mutua envidia de sus respectivas poblaciones. Afortunadamente el planeta Salomón medió en el conflicto. Un fiscal de la zona ecuatorial convenció al planeta Inferno de que su nombre alude al infierno de Dante. En cuanto a los bomberos... bueno, siempre fue un misterio lo que les dijo.

Pero el caso era que lejos de pensar en lejanos planetas, Hall tenía su mente muy presente en el suyo. Finalmente dejó poco a poco de moverse, como si se le acabara la cuerda, y se limitó a mirar por el balcón, junto a una fuente oxidada que en tiempos fue un recipiente para fundir cobre. Leges I estaba ya por encima de la costa, pero apenas emitía luz, y mucho menos calor. En el planeta Salomón nadie se explicaba muy bien por qué ocurría eso. Hall lo sabía, él y su equipo de gobierno. Era el resultado de haber hecho las cosas mal desde el principio. Las consecuencias de la imprudencia de sus predecesores en el cargo recaían sobre él, cuyos tatarabuelos ni estaban en proyecto de existir por aquel entonces.

Desde dentro de la casa se escuchó cómo abrían la puerta. Hall sabía que debería haber bajado a recibir al Portador de Luz, pero ya le daba igual. Toda la vida había estado respetando el protocolo. Y por una vez le apetecía no ser hipócrita.

Se le quitaron las ganas en cuanto el Portador entró al balcón.

Nunca antes le había visto, y esperaba encontrar a una monstruosa criatura alienígena, de temible aspecto y facciones carnívoras, pero en vez de eso entró un hombre con gafas, bajito, que andaba a trompicones, como si estuviera haciendo ejercicios de estiramientos. Sin embargo Hall no bajó la guardia. Lo que tenía delante no era humano. Llevaba atormentando al planeta Salomón decenas de miles de años y eso era algo a tener muy en cuenta.



De acuerdo, tenía miopía y un poco de estrabismo, pero era peligroso. No es que se fuera a lanzar al cuello de Hall ni nada parecido. Además, ya había desayunado. Tenía hambre de otra cosa.

—Tome asiento, por favor —dijo Hall con amabilidad. Tuvo la sensación de que cuatro flechas con las palabras *pelota cobarde* le señalaban en aquel momento.

—Gracias, señor Hall.

—Atropos.

*Pelota cobarde.*

—Bien señor Hall, tengo aquí la factura —sacó un documento doblado en ocho de su bolsillo y lo puso sobre la mesa. Al momento se puso liso como si lo acabaran de planchar—. Me he tomado la molestia de detallársela, por si le parecen caros mis precios.

Hall echó un vistazo a la factura por encima. Al fin y al cabo daba igual lo que pusiera, tendría que aceptarlo de todos modos. Sin embargo, pese a saber que sería más cara que la anterior, de hace un par de siglos, no imaginaba que tanto.

—Es una broma, ¿verdad? —dijo enfadado. La palabra *pelota* desapareció de las flechas.

—Su planeta se ha desarrollado notablemente, señor Hall, y por eso considero que debía elevar la tarifa. Creo que pido poco por algo tan importante como el uso de mi estrella —recalcó el *mi* con especial énfasis, el típico de los entes propietarios de estrellas que cobran impuestos a planetas habitados.

—Pero no podemos pagar algo así, Portador. Es demasiado dinero. Ni siquiera otorgándole servicios gratuitos por el resto de su vida podríamos empezar a compensarlo.

Hall se dio cuenta de que el resto de su vida bien podía ser la eternidad, y aun así, aunque salieran de esa situación, ¿qué harían dentro de varios siglos, cuando llegara aquel hombrecillo con una nueva factura?

Había que regatear, y aquel era el momento, decidió. La palabra *cobarde* se vislumbró con un tamaño de fuente más pequeño.



No pagaremos más de la mitad de esto.

—Pagarán todo, señor Hall. No me haga decir más de cuatrocientas palabras, que es lo máximo que sus dirigentes me han hecho hablar.

—Lo siento, pero no pagaremos más —Hall se arrepintió del tono de disculpa, como si dijera *lo siento, sólo nos puede robar la mitad de lo que quería*.

—Este es un trato arcano que viene de tiempos inmemoriales, señor Hall. Los de su profesión quisieron instalarse aquí, pero según los acuerdos de la época era, y soy, propietario de toda estrella situada en un miliparsec cúbico, con sus coordenadas bien estipuladas. Es por eso que hicimos un pacto. Yo les dejaba la luz de *mi* estrella y ellos me pagaban alquiler por su uso.

—No veo ningún trato en eso. Usted poseía una fuente inagotable de energía y ellos le pagaban para que le dejaran usarla.

—Sólo para los suyos es inagotable, para mí es perecedera y efímera. Podría aprovecharme de ella para otros grandes proyectos, y sin embargo me he apiadado de ustedes, pobres colonizadores de tiempos lejanos, permitiéndoles monopolizar su uso. Les he dejado hasta bautizarla.

—Si con eso rebaja el precio, le dejo que la nombre como le venga en gana —apuntó burlón Hall. En aquel momento golpearon la puerta de entrada.

—Disculpe —*pelota cobarde* volvió a brillar con plena intensidad.

Hall abrió y se encontró con su ayudante Milton en pleno estado de nervios, como él mismo había estado un rato antes de la llegada del Portavoz. Milton estaba al tanto de lo que ocurría, cosa que a Hall no le agradaba. No sabría muy bien decir por qué, pero era así. Es decir, claro que lo sabía, pero lo negaba y todas esas cosas. A efectos prácticos, no le agradaba que lo supiera Milton porque no le agradaba Milton. No había más motivo que ese. En cuanto a por qué no le agradaba... bueno, todos los líderes tienen a alguien a quien despreciar de vez en cuando para liberarse del estrés. En el planeta Jung (psicólogos) recomendaban la terapia de insultar al subalterno en beneficio del bien común y global. Luego ocurrió que en el planeta Marx (revolucionarios) malinterpretaron ese consejo y... en fin, que a Hall no le gustaba Milton, y por eso no tenía intención de dejarle pasar.



—Pero quería decirle que...

—Luego, Milton —dijo antes de cerrar. Pensó en pedirle un café, pero al final decidió no hacerlo. Si lo hacía tendría que ofrecer algo a su invitado, y prefería no saber qué bebía aquel tipo. Volvió al balcón y reanudó la conversación. No se disculpó por la interrupción.

—Bien, Portador, ya estoy aquí de nuevo.

El Portador de Luz miraba fijamente a Leges I. Parecía que el cielo estuviera en pleno ocaso. No dijo nada.

Durante un rato, Hall tampoco añadió nada y se limitó a mirar la estrella con vivo interés. Sabía lo que pretendía aquella criatura de él, y no tenía más remedio que hacerlo. Que preguntarlo. Más que nada, porque no se le ocurría otra cosa que preguntar al respecto.

—Usted ha hecho que esté así, ¿verdad?

—Así es.

—No es la primera vez que pasa esto. Existen libros de historia donde se han mencionado estos extraños eclipses. No duraron mucho, y no tenían pauta conocida.

—Esencialmente dependen de cómo de testarudos son sus líderes, por ejemplo usted.

—¿Qué haría si no pagáramos?

—Me vería obligado a tomar la desagradable medida de, literalmente, cortarles la luz. Con las consecuencias que ello conlleva.

Hall tuvo la sensación de que le resultaría tan desagradable como a él retorcer el pescuezo de su invitado cual naranja exprimida a mano.

—No lo hará. Si nos mata se le acaba el chollo —*una frase muy propia de un líder planetario*, pensó con lamentación.

—Tal vez le suene el planeta Aristóteles.

La expresión de Hall cambió por completo de mal a más que mal. El planeta Aristóteles (filósofos) desapareció debido a que la estrella de su sistema pasó, en cuestión de días, a supernova, y de ahí a agujero negro,



tras lo cual se tragó el planeta. Si bien siendo sinceros, la práctica totalidad de la población ardía en deseos de efectuar el viaje. Hall escuchó que la mayor parte del planeta Hawking se desplazó también hacia allí. Nunca supo muy bien qué harían en ese planeta para interesarse en el suicidio colectivo, pero sabía que en Salomón no les interesaban mucho esa clase de cosas. Les gustaba más la pacífica normalidad de un sistema planetario que no pasase, de la noche a la mañana, a convertirse en un fregadero sin tapón.

—Lo dice para amedrentarme.

—Piense lo que quiera, señor Hall. No querría tomar tales medidas, pues suponen una pérdida de dinero para mí, pero de vez en cuando tengo que mostrar que mis advertencias van en serio. Lo malo es que como los suyos apenas viven cien años, se acaban olvidando de ello, y encima lo adornan, lo mitifican. Por la parte oeste del Universo ya no puedo ni asomarme sin tener que hacer unos cuantos milagros y recibir algún que otro sacrificio. En general humano, aunque a veces me deleitan con una cesta de frutas exóticas.

Llamaron otra vez a la entrada. Hall se disculpó de nuevo (y se volvió a maldecir) y fue a abrir para encontrarse de nuevo con Milton.

—¿No te he dicho que está aquí el Portador de Luz? Ahora no, Milton.

—Pero es importante, déjeme que...

—Milton —rugió Hall de modo que se le oyera en media casa—, si no te largas ya te asignaré todos tus juicios en el planeta Keynes. ¿Entendido?

Milton no dijo nada y se marchó. El planeta Keynes (banqueros) era un lugar terrible y misterioso, del que pocos regresaban, y los que regresaban volvían cambiados para siempre jamás.

Hall regresó de nuevo al balcón y se lo encontró todo como cuando lo vio por última vez. Es decir, Leges I seguía sin apenas brillar. Si alguna otra cosa había cambiado, ni lo notó ni le importaba.

—Esta conversación se está alargando innecesariamente, señor Hall. Puedo prorrogarles el plazo de pago un mes, pero si en ese tiempo no han pagado, destruiré Leges I. Sabe que puedo hacerlo. Y al fin y al cabo, para mí un mes es como para usted treinta segundos.

—En tal caso podemos hacer que el tiempo sea un poco más insoportable para usted. Podemos exponer el caso ante los tribunales, a ver



qué se dictamina. Y sabe que podemos alargar el proceso hasta lo interminable.

—Eso no ocurrirá, señor Hall. Tengo la ley de mi parte.

Volvieron a llamar. Hall se levantó con más calma a abrir, aunque por dentro bullía de furia. No podía mostrarse nervioso ante el Portador, estando como estaba contra las cuerdas.

Cómo no, era Milton. Hall empezó a pensar cuánto tardaría en trasladar el papeleo de su ayudante al planeta Keynes.

—Milton —para su sorpresa su tono de voz era dulce y melodioso—, creo haberte dicho que en este momento...

—¿Quiere escucharme, idiota? —bramó Milton para sorpresa de Hall—. ¡Tengo la solución!

Hall tardó un poquito más en llegar en aquella ocasión, y aunque el Portador de la Luz hubiera dicho que para él un mes no era nada, comenzaba a impacientarse. Al fin Hall apareció de nuevo. El Portador le observó con inquietud. Siempre sospechó que Atropos Hall no era hombre de buen ganar. Empezaba a temerse que iba a averiguarlo pronto.

—Disculpe la interrupción, Portador. Era mi ayudante, Milton. Este chico... bueno, a veces... a veces es un poco loco, pero otras veces... otras veces tiene unas ideas... en fin, usted me entiende, ¿no? Supongo que llevará también ayudantes para todo el asunto este de chantajear y destruir civilizaciones...

—¿Dónde estábamos, señor Hall?

—Sí, eh, verá, Portador, me gustaría preguntarle un par de cosillas si no le es molestia, eh... dijo que poseía un miliparsec cúbico, ¿no? Con sus coordenadas bien estipuladas y todo eso.

—Así es.

—Y que todo el contrato, el pacto, se remonta a tiempos inmemoriales, ¿no?

—En efecto.



—Bien —lo dijo con el mismo tono con que el Portador de la Luz había dicho un rato antes *mi*—, supongo que usted... usted está familiarizado con la cosmología. El caso es que, ya sabe que el Universo se expande, así como un globo, en unos sitios más, en otros menos, y el caso es que usted... usted ciertamente posee las coordenadas donde estaba Leges I, y por eso la *poseía*. Pero... pero es que, Portador, Leges I ya no está en sus coordenadas. No le debemos por tanto nada, pues está en territorio libre en estos momentos.

El Portador se quitó las gafas como si no viera bien, y más que nunca pareció un hombrecillo con miopía y un poco de estrabismo. Y una incipiente alopecia.

—Pero, pero eso no... eso no puede ser, es... es imposible, teníamos un pacto... yo poseo... yo poseo la... —no supo qué más decir.

—El caso es que... esperamos que nos retribuya todo el dinero que nos ha ido cobrando de más. En cifras gruesas asciende a —puso un par de ceros con un lápiz al final de la cifra de la factura—, o siempre podemos ir contando por ahí que en realidad hace mucho tiempo que ya no posee aquello por lo que ha estado cobrando, sino espacios sin interés del Universo, vacíos por completo. Me he tomado la molestia de detallárselo, por si le parecen muchas mis exigencias. Ah, sólo a título personal, desearía no volver a verle nunca más. Póngase en contacto con mi ayudante Milton para pagarnos. Y arregle eso —señaló a Leges I con desgana.

El hombrecillo se marchó enfurecido sin decir una palabra. Hall estaba seguro de que no le volvería a ver.

—Y además le hecho decir cuatrocientas una palabras —añadió en voz alta para sí mismo.

Al poco entró Milton. Nada más verle tuvo la sensación de que empezaba a caerle mejor.

—Un magnífico trabajo, Milton. Realmente bueno. Si tienes interés, puedo plantearte que seas mi sucesor en un futuro no muy lejano.

—Gracias, señor Hall, pero tenía otro plan en mente, si usted lo respalda.

—Dime, chico.



—He estado haciendo cálculos, y ahora, en este instante de tiempo, el miliparsec cúbico del Portador de la Luz que contenía a Leges I contiene un sistema distinto.

—¿Cuál?

—El que tiene al planeta Maxwell.

Hall sonrió para sus adentros. El planeta Maxwell (físicos expertos en electromagnetismo) se había caracterizado por ser uno de los pocos planetas del Universo capaz de subsistir sin estrella aparente. Por eso eran despectivamente llamados los fabricalámparas, y empezaron una guerra con el planeta Corbusier (arquitectos), que fueron los que más... en fin, que el planeta Maxwell poseía estrella, a la que llamaban la Gran Bombilla, aunque en el fondo no la necesitaban. No obstante algún abogado tenía que llevar su caso. Un caso largo, fácil, y muy bien remunerado.

—Bien, Milton, el caso es tuyo. En cuanto hagan la denuncia te recomendaré.

—Gracias, señor Hall.

Milton salió de la casa en lo que Atropos Hall volvió de nuevo al balcón. Tenía intención de disfrutar de un nuevo amanecer.

*(A Koto)*

**Autor: Magnus Dagon (seudónimo literario de Miguel Ángel López Muñoz); Madrid, España.**

**Relato inédito. Hyperespacio Andrómeda [www.libroandromeda.com](http://www.libroandromeda.com)**

-----  
El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

-----  
**Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial:** El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.